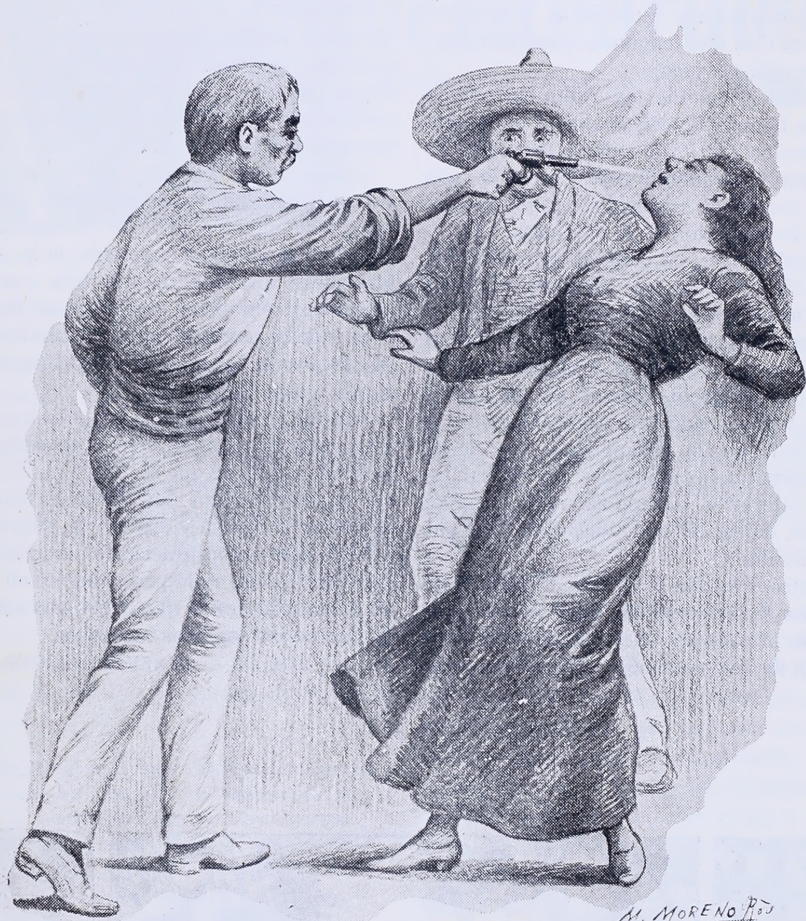


los semblantes de los miembros del Estado Mayor, que sin replicar palabra salieron inmediatamente.

Cuando quedaron solos Mateo y el guerrillero, éste, con voz pausada y lenta preguntó, mientras el comerciante destapaba una nueva botella de cerveza:

Una bomba de dinamita que hubiera estallado á los pies del infeliz Mateo, no le hubiera causado la impresión que aquellas palabras. Mudó repentinamente de color, sintió que se le secaba la lengua y sólo después de pasados algunos instantes, pudo decir con tembloroso acento:



Asomó al fin la inocente.

—Conque Mateo, ¿cómo está Carmeluca?

—Muy bien, mi general. Muchas gracias, —se apresuró á contestar el comerciante.

—Lo celebro, don Mateo, porque he pensado una cosa; llevármela hoy; —asentó brutalmente el revolucionario. —A eso nada más he venido con mis muchachos.

—¿Pero por qué, mi general, por qué?...

—¡Vaya una pregunta! ¡Porque me gusta la hembra!—contestó el «Tigre» lanzando una risotada.

Don Mateo dió un salto y pretendió abrir el cajón del dinero en donde guardaba su revólver; pero el «Tigre», que de seguro es-